

EL ARTE HACE HISTORIA

GALDÓS



ESTA es la estatua de don Benito Pérez Galdós, realizada por Pablo Serrano, que va a salir muy pronto de Madrid con destino a Las Palmas de Gran Canaria, su definitivo destino. Todavía, y por muy poco tiempo, los habitantes de Madrid tienen oportunidad de verla en su emplazamiento provisional de los jardines que rodean a la Biblioteca Nacional. Allí está para eso: para que el pueblo de Madrid pueda ver la estatua del que fue su más eficaz cronista.

Don Benito Pérez Galdós fue, como sabemos, un novelista. Pero fue un novelista muy particular: supo hacer de cada uno de sus personajes un testigo de la historia. Y eso no solamente en aquellas de sus novelas en que, de una manera directa, se pretende hacer crónica de los acontecimientos históricos —en la serie de «Los episodios nacionales»—, sino absolutamente en toda su obra creacional: o sus personajes fueron testigos de los episodios nacionales de nuestra historia, o —como el pobre cesante de «Miau»— fueron actores del drama nacional de «la intrahistoria española». En realidad, el que nunca dejó de ser testigo implacable de todo fue don Benito, el más consciente historiador de nuestros novelistas, el mejor fabulador de nuestros historiadores...

Pero esa estatua está realizada por la mano del escultor Pablo Serrano. De un tiempo a esta parte, Pablo Serrano se está haciendo cada vez más un escultor de estatuas. No es una redundancia: todas las esculturas no son estatuas.

Estatua es aquella escultura que se produce por la voluntad consciente de hacer conservar en ella la memoria de algo o de alguien. Una estatua es, precisamente, una escultura conmemorativa: con-memorativa, conjuntamente memorativa, memorativa por la comunidad.

Cuando un escultor hace estatuas —es decir, cuando hace algo que pretende incitarnos a que memoricemos conjuntamente, a que conmemoremos—, resulta que, de una manera muy personal, está haciendo historia. Por supuesto, todo el que hace arte, hace historia, porque el arte, en definitiva, está ahí para eso, para ser testimonio, incluso contra el tiempo. Pero cuando el artista don Benito hace además la crónica consciente de los tiempos, y cuando el artista Serrano recrea conmemorativamente a los personajes —ahora a Galdós, como antes a Machado y a Unamuno—, cuando ambos le dedican a la rememoración una atención especial, son, además de artistas, historiadores.

Esa estatua de don Benito es como una cordillera. Del espinazo fósil de todos nuestros muertos emerge, apesadumbrada, la cabeza del hombre que contemplaba los males de su patria.

